

México siempre fiel

Sergio Antonio Corona Páez

Por definición, la historia es crítica y revisionista. En esto se diferencia del discurso ideológico. Los relatos históricos no pueden permanecer inalterados cuando existen evidencias que inclinan la balanza hacia lugares que han sido considerados políticamente «inconvenientes».

Uno de esos «lugares inconvenientes» es el de la verdadera historia de la independencia mexicana, sobre todo en la etapa en que ha sido —con deliberada ambigüedad— llamada «consumación».

El movimiento de Agustín de Iturbide nada tuvo que ver con los de Hidalgo, Morelos o Guerrero. De hecho, Iturbide luchó contra Hidalgo porque éste era percibido en su época como un «malhechor». Sabemos que esta afirmación puede sonar muy fuerte en oídos de aquellos que crecieron bajo la tutela de la historia oficial. Pero los documentos de la época no nos dejan duda alguna; la favorable percepción inicial que los novohispanos tuvieron del movimiento del padre Hidalgo en el otoño de 1810 se desvaneció con las matanzas de blancos en Guanajuato y en otros lugares. Con los crímenes de la guerra de independencia y de la «limpie-

za étnica» de Haití todavía frescos en la memoria (1804), los novohispanos pensaron que el grito de «mueran los gachupines» llamaba, al igual que en Haití, a una guerra de exterminio, de genocidio.

No podemos culpar al padre Hidalgo por los crímenes que cometió la turba que lo acompañaba; sin embargo, como líder del movimiento independentista, al cura de Dolores se le atribuyeron las culpas de sus hombres.

No es de extrañar que Iturbide y que muchos otros militares que luego fueron destacados políticos en la era republicana, pelearan contra Hidalgo. A estos hombres no se les puede culpar por luchar con todas sus fuerzas contra un movimiento que era percibido como un enorme peligro social, no por el asunto de la independencia, sino por el discurso genocida que se había concretado ya en muchas muertes innecesarias.

El movimiento de Hidalgo fue desarticulado, y para 1811, el cura de Dolores ya había sido muerto.

Otro movimiento similar lo encabezó el cura José María Morelos, con las características ideológicas y militares que le imprimió el sacerdote-caudillo. Celebró un congreso y puso en vigor una

Sergio Antonio Corona Páez

Doctor en Historia por la UIA ciudad de México. Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales Juan A. de Espinoza de la UIA Laguna y cronista oficial de Torreón. Autor, de entre otros libros, de *La vitivinicultura en el pueblo de Santa María de las Parras. Producción de vinos, vinagres y aguardientes bajo el paradigma andaluz (siglos XVII y XVIII)* y *La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenario*. Corresponsal en Torreón del Seminario de Cultura Mexicana. «Ciudadano Distinguido» 2006 con la preseña *Magdalena Mondragón* al mérito académico, científico y literario. sergio.corona@lag.uia.mx

constitución (1814) siguiendo el modelo de las liberales Cortes de Cádiz (1810-1812). Sin embargo, el poder de convocatoria de Morelos tampoco fue tan grande como para inflamar a todas las provincias de la Nueva España. Se trataba de un movimiento de corte guerrillero bastante localizado. Finalmente, Morelos fue capturado y muerto en 1815.

Insisto: no es relevante cómo el lector moderno lee o interpreta estos hechos; es fundamental saber cómo los veía e interpretaba la sociedad coetánea a los hechos. Porque nosotros, lectores del siglo XXI, hemos recibido una tradición interpretativa que muestra que la guerra de independencia fue una sola, y que, aunque con diferentes etapas y caudillos, iba siguiendo un plan único. Según esta versión, los diferentes protagonistas se fueron pasando la estafeta hasta alcanzar la consumación del plan maestro. Esta es una construcción mítica, propagandística, elaborada para el consumo popular.

La verdad es que entonces como ahora, son los grandes, los poderosos, los influyentes quienes orientan o reorientan los acontecimientos que suelen ser decisivos para una nación.

En el caso de la independencia mexicana, podemos decir con Lucas Alamán que los movimientos beligerantes de antes de 1820 no tuvieron mayor repercusión porque eran convocados por «el bajo clero, el bajo ejército y el bajo pueblo». Ni había un poder real de convocatoria, ni grandes intereses en juego.

¿Qué sucedió en 1820 que hizo que cambiara la dirección de los acontecimientos, y que en el curso de una campaña relámpago, Iturbide hiciera (no consumara) la independencia de México?

Es un sano principio hermenéutico que, para entender la historia mexicana, la coloquemos en su contexto internacional. En 1820 la revuelta del Coronel Rafael del Riego llevó de nuevo a España y a Fernando VII a la férula del liberalismo previamente proscrito por voluntad del rey. Éste tuvo que jurar la constitución de 1812. Conforme a los principios de esta Carta Magna, se designaron legisladores para convertir a España y a sus colonias en modernas sociedades liberales.

Cuando el clero y el ejército novohispanos —instituciones de inmenso poder y prestigio— supieron que los diputados españoles estaban prácticamente decretando la supresión del clero y de los fueros del ejército, entonces comprendieron que si La Nueva España continuaba bajo la tutela política de la vieja, sus intereses de clase y sus días estaban contados.

En consecuencia, se advirtió a la población mexicana de que los diputados españoles se habían infectado con los principios de la detestada revolución francesa, que querían imponer a la «diosa razón» como lo habían hecho en Francia, y que los novohispanos no tendrían ya libertad para practicar su religión católica como lo habían hecho hasta entonces.

Precisamente como respuesta a la «afrancesada» amenaza española y para



«garantizar» el libre ejercicio del catolicismo mexicano, Iturbide formó el «Ejército de las Tres Garantías» con su Plan de Iguala. La primera garantía que ofrecía este plan era precisamente el libre ejercicio de la religión católica, apostólica y romana «con exclusión de cualquier otra» (Color blanco). La segunda garantía proclamaba la independencia política de México como requisito indispensable para sustentar la primera. Es decir, la única manera de garantizar la libertad del culto católico en México era garantizar la separación política de España, nación que se había convertido en la caja de pandora de todos los males «revolucionarios» que estaban por llegar. A esta segunda garantía le asignaron el color verde.

La tercera garantía, simbolizada con el color rojo de la sangre, implicaba que todos los ciudadanos del nuevo país serían iguales ante la ley (igualdad de sangres), y que todos sus bienes se respetarían. En pocas palabras, esta era la garantía que aseguraba una convivencia pacífica entre todos los mexicanos, y era un claro antídoto contra el veneno genocida del grito de Dolores «mueran los gachupines».

Este Plan de Iguala fue proclamado el 24 de febrero de 1821, día que los liberales jacobinos de tiempos posteriores llamaron simplemente «día de la bandera». Esto era verdad solo en parte, porque de hecho la bandera mexicana se forjó dicho día, y consistía en el despliegue de los tres colores en cuanto signos de los principios que se garantizaban.

Por supuesto que un país tan católico, tan fiel como era y lo sigue siendo México, encontró en el Plan de Iguala un designio de la Providencia Divina para preservar la fe católica. La independencia política no era el interés primordial de los mexicanos, sino la paz del alma por medio del libre ejercicio de su amada religión.

El famoso platillo confeccionado por las monjas de Puebla para celebrar a Iturbide (chiles en nogada), perpetúa entre nosotros el gran entusiasmo que suscitaron en su momento, no la bandera tricolor, sino los principios que representaba.

El Plan de Iguala y las gestiones diplomáticas de Iturbide fueron un verdadero éxito. Iturbide inició y consumó un movimiento de independencia que nada tenía que ver con movimien-

tos anteriores, porque éste surgía de la nueva situación inter-nacional (relación México-España liberal en 1820) y del consenso de las clases dirigentes: alto clero, ejército, aristocracia. Todos los católicos que amaban su religión aplaudieron el advenimiento de este plan, y desde luego, de la independencia. Solo los estadounidenses temblaron al pensar que surgía en suelo americano un nuevo napoleón (apenas moría Bonaparte), un militar de carrera tan hábil en las armas como en la diplomacia, y sobre todo, tan universalmente venerado por su pueblo.

Caundo Iturbide hubo de ceñirse la corona de México, fue por congruencia con los principios del Plan de Iguala y de los Tratados de Córdoba, los cuales estipulaban que el régimen del naciente «Imperio Mexicano» sería monárquico, con un miembro de la dinastía borbónica española o de la Habsburgo austríaca. Puesto que las cabezas de ambas dinastías prohibieron a sus miembros aceptar la corona de México (España esperaba recuperar para sí nuestro territorio), el único modo viable para mantener la obra consumada de la independencia consistía en que el mismo Iturbide tomara la corona para sí, aunque desde luego, con división de

poderes, algo muy moderno en su época. Nadie igualaba su prestigio entre los mexicanos. Las leyendas de las monedas monárquicas europeas siempre decían «Fulano, por la Gracia de Dios». Pero México le rindió a Iturbide un enorme tributo de gratitud al grabar en sus monedas «Agustín I, por la Providencia de Dios» (1822, 1823). Es decir, el pueblo mexicano reconocía en Agustín de Iturbide a un enviado de Dios destinado a preservar su integridad religiosa.

Iturbide entró a la Ciudad de México, ya libre, el 27 de septiembre de 1821. Al día siguiente se redactó y firmó el acta de independencia.

Aunque muchos gobiernos liberales del siglo XIX rindieron tributo y reconocimiento a Iturbide como verdadero padre de la Patria (ver las estrofas del Himno Nacional Mexicano) los resabios de jacobinismo minaron y al fin, borraron su memoria. Ningún gobierno liberal quería recordar que México obtuvo su independencia para mantener su religión y la fuerza de su clero. ♣